

La experiencia chilena: El revés de la trama

Ernesto Ottone¹

A Chile se suele poner como una experiencia positiva de desarrollo en los últimos años, y con cierta razón, pues sus resultados son notables en lo económico, lo social, lo cultural y lo político. En ocasiones se hace con un cierto sesgo ideológico mostrándolo sólo como el éxito del buen alumno del “Consenso de Washington”. En su reciente libro *Globalización, desarrollo y democracia: Chile en el contexto mundial*, Manuel Castells ha desacreditado tal majadería al plantear que el Chile de la democracia constituye un modelo diferente al de la dictadura militar que denomina “modelo autoritario, liberal y excluyente”.

¹ Secretario Ejecutivo Adjunto de CEPAL.

Él entiende por modelo autoritario excluyente “aquel modelo de desarrollo que excluye de los beneficios del crecimiento a gran parte de la población mediante el ejercicio autoritario e incontrolado del poder del Estado, al tiempo que prioriza los mecanismos de mercado sobre los valores de la sociedad, sin aplicar políticas públicas correctoras de las desigualdades y de los privilegios de las elites sociales y económicas”.

Agrega a continuación que por modelo democrático liberal incluyente, que corresponde al período democrático, entiende “un modelo de desarrollo gestionado a partir de un Estado democrático resultante de la libre elección de los ciudadanos y que aun manteniendo los mecanismos de mercado como forma esencial de asignación de recursos, implementa políticas públicas encaminadas a la inclusión del conjunto de la población a los beneficios del crecimiento, en particular mediante una política fiscal redistributiva y un esfuerzo creciente de políticas públicas en la mejora de las condiciones de vida de la población a través de la educación, la salud, la vivienda, la infraestructura de servicios, los equipamientos sociales y culturales, las ayudas y subsidios a las personas necesitadas. El modelo es también incluyente porque establece mecanismos de negociación y consulta con los actores sociales, buscando la elaboración de políticas económicas y sociales mediante un consenso con representantes de los distintos grupos de interés existentes en la sociedad”.

Ello no quiere decir que lo realizado en 15 años de democracia en Chile no presente carencias y problemas económicos, sociales, políticos y que haya exigencias y nuevas tareas por delante si quiere sostenerse y alcanzar el umbral del desarrollo en un tiempo prudente.

Sólo a título de ejemplo podemos señalar que en materia de equidad, todavía Chile mantiene niveles muy altos de desigualdad en la distribución del ingreso. Que pese a su disminución, los niveles de pobreza son inaceptables y que lo logrado en cobertura educativa está lejos de los resultados deseables en los niveles de calidad de la educación. Chile tiene retrasos evidentes en ciencia, tecnología e innovación, de cuya superación dependen sus niveles futuros de competitividad.

Pero puesto a resumir, si me preguntaran cuál es la clave del éxito de la experiencia chilena, por parcial que ésta sea, diría que el período dictatorial generó muchos efectos no buscados que han sido los pilares de la reconstrucción democrática.

Uno de ellos, quizás el más importante y novedoso, fue que en vez de destruir a la izquierda, generó dos izquierdas. Una izquierda minoritaria que continuó apegada al discurso revolucionario o de alternativismos varios, ferozmente contraria a la economía de mercado. La otra izquierda que genera es mayoritaria y, por primera vez en Chile, abandona en su práctica y en sus concepciones teóricas, aun cuando de manera más lenta – en este último aspecto, toda veleidat revolucionaria – adopta con tonalidades diversas el reformismo socialdemócrata y constituye una alianza sólida con la democracia cristiana – capaz de darle gobernabilidad y progreso a Chile por tres períodos presidenciales e iniciar un cuarto.

Dicha coalición, la Concertación, se ha caracterizado por su reformismo gradualista, prudente pero perseverante, basado en la progresiva modificación de la estructura económica, social y política heredada de la dictadura a través de

políticas públicas orientadas a lograr un crecimiento con mayores niveles de equidad, a limitar los efectos no igualitarios del capitalismo, a democratizar una sociedad marcada por fuertes rasgos de conservadurismo y autoritarismo. En suma, por un progresismo que encarna la Concertación en su conjunto.

Este camino exitoso cristaliza con el gobierno del presidente Ricardo Lagos, quien ha concluido su mandato con más de 70% de apoyo, con un nivel de crecimiento del país en torno al 6%, con una disminución de los niveles de pobreza y pobreza extrema que alcanzan hoy 18,8% y 4,7%, respectivamente, con una Constitución democrática, con las Fuerzas Armadas plenamente enmarcadas en la República democrática, con avances profundos en casi todos los aspectos del desarrollo, y siendo sustituido por una mujer, Michelle Bachelet, de la misma coalición, quien personifica de manera emblemática la fuerte ruptura del conservadurismo chileno y los profundos cambios sociológicos experimentados por la sociedad chilena.

El particular éxito del presidente Lagos constituye un elemento estratégicamente importante dentro de la experiencia chilena, pues fue el primer presidente de la Concertación proveniente de la izquierda, miembro del Partido Socialista y a la vez fundador del Partido por la Democracia – lo que en un régimen presidencial como el chileno fue una novedad mayor.

Recuerdo que entre quienes posteriormente conformamos la Unidad de Análisis Estratégico de la Presidencia, nos preguntamos cuando Ricardo Lagos asumió la presidencia de la República: ¿Cuál es el objetivo mínimo al que aspiramos en el gobierno de Lagos? La respuesta que surgió

fue ácida y brutalmente minimalista: “que salga del Palacio de la Moneda después de seis años (duración de su mandato) y por sus propios medios”.

En ese sentido, desde una perspectiva histórica, el aporte fundamental de Ricardo Lagos ha sido terminar en Chile con la sospecha de que un hombre de izquierda no podía darle gobernabilidad al país, conjugar paz social, progreso social, republicanismo y buena administración, representar el interés de los más modestos y a la vez el interés nacional. En suma, clausuró el signo incompleto o trágico que desde Balmaceda en el siglo XIX y Allende en el siglo XX han tenido las experiencias progresistas en Chile.

Podríamos referirnos largamente a los diversos aspectos, logros y también límites de esta experiencia, pero nos concentraremos en “el revés de la trama”, en la construcción política que no se ve o que se ve mucho menos.

Ya lo hemos señalado, lo central de este entramado fue la creación de un reformismo fuerte que rompe con la tradición revolucionaria, reúne tendencias socialistas y socialcristianas históricamente separadas y adquiere una densidad que, sin negar la identidad de sus componentes, va más allá de ellos y se constituye como una realidad en sí misma que ha dirigido al país por dieciséis años y se prepara a hacerlo por cuatro años más.

Este “concertacionismo fuerte” ha sido la clave del éxito, sin embargo, su desarrollo no ha sido lineal. Su fortaleza se ha constituido en torno al ejercicio del gobierno por grupos dirigentes lucidos y no sectarios. Esto se ha traducido en capacidad para producir estabilidad de conducción, superar los patriotismos estrechos de partido y reemplazarlos por una visión de país mayor y más abarcadora, que ha

conjugado obstinación en los cambios y prudencia en los tiempos, produciendo así una gobernabilidad de alta calidad.

Esto no ha sido fácil, no es una cultura política que en los partidos que la componen haya surgido de pronto como la revelación de Saúl a las puertas de Damasco. Quizás en un primer momento ayudó a asegurar el éxito de esta estrategia el miedo que existía en la sociedad chilena hacia un pasado terrible y cercano, la presencia viva y fuerte de Pinochet todavía al mando del Ejército y la cohesión de los “poderes fácticos” que unían como un todo a las FFAA, la cúpula empresarial, la prensa y los partidos de derecha, los cuales, aunque todavía no eran competitivos en los procesos electorales, tenían una base de apoyo superior al 35%.

Esto también atingía a la Concertación, logrando en los sectores más de izquierda todavía con nostalgias revolucionarias o populistas una aceptación gruñona pero disciplinada del reformismo, y en la Democracia Cristiana, aislando las tendencias nostálgicas del “camino propio” o de visualizar otras alianzas.

Actualmente estos remanentes culturales no han desaparecido, pero las buenas gestiones gubernamentales y el éxito mas allá de todo lo previsible del gobierno encabezado por Ricardo Lagos, que acaba de concluir, han reducido su espacio.

Junto con la pérdida de importancia de los remanentes culturales ligados al “miedo político”, en Chile se produjo durante el período de la Concertación y particularmente durante el gobierno del presidente Lagos una fuerte expansión de las libertades y de los cauces de la diversidad, bajo el impulso de una serie de decisiones que abarcaron desde el fin de la censura cinematográfica hasta una ley de divor-

cio vincular, pasando por el término de una suerte de anacronismos que restringían el despliegue de libertades públicas y privadas.

Así mismo se impulsó una política cultural que tuvo como resultado una fuerte apertura y un crecimiento de la participación de los ciudadanos en las manifestaciones culturales y formas nuevas de expresión social que contribuyen a la ruptura de un conservadurismo que tiene raíces antiguas en Chile y que fue llevado al paroxismo por la dictadura.

Junto a la pérdida del miedo político en Chile se produjo una disminución del miedo a la libertad. Es así como a través de muchas expresiones se manifestó un mayor escrutinio público, más horizontalidad y transparencia, más voces que asumieron distintas formas de hacerse oír. En resumen el reforzamiento democrático confluyó con un fortalecimiento paulatino pero constante de la sociedad civil.

Entonces se puede afirmar que con Lagos el miedo quedó sepultado en Chile. Pinochet y los poderes que él encarnaba – no sólo por el fuerte rescate de la memoria y las políticas de verdad y justicia de los gobiernos concertacionistas, sino por sus actos de corrupción – han quedado fuera de la tradición republicana del país; las FFAA han dicho “nunca más” a la dictadura y han obtenido el reconocimiento de la ciudadanía; entre los empresarios tiende lentamente a consolidarse una visión más amplia del país y del mundo de hoy.

Finalmente, en los partidos de derecha aparece claro que deben disputar el poder en la arena política y que el gran dinero, por grande que sea, no alcanza para ganar las elecciones.

Hoy, por lo tanto, lo que mantiene unida a la Concertación no es el miedo, sino el éxito logrado, el apoyo popular, el haber superado conjuntamente crisis y momentos difíciles y una perspectiva de futuro.

Sin embargo, este patrimonio, como todo patrimonio, puede desgastarse y perderse si no se conjuga la comprensión y valoración de los tremendos cambios económicos, sociológicos y culturales sucedidos en el gobierno de Lagos y que en buena parte cristalizan en la actual presidenta Michelle Bachelet.

Los naturales y necesarios relevos de los grupos dirigentes de la coalición deben hacer suya la necesidad de mantenerla, transformando y renovando la identidad concertacionista, reforzándola ya no por la necesidad que genera el peligro, sino la convicción y el orgullo de un reformismo vivo y saludable que puede llevar a Chile al umbral de desarrollo.

Todo se juega hoy en evitar cualquier asomo de soberbia producto del éxito y optar por la humildad de buscar con serenidad las nuevas formas de continuar la sintonía con la ciudadanía a través de una virtuosa relación entre continuidad y cambio.

Son muchos los avances para que Chile no extravíe su senda, para que ser mayoría no elimine la necesidad de buscar consensos que solidifiquen las transformaciones. Y se requiere mantener como destinatario de la acción del progresismo no a los grupos corporativos de cualquier color, pues si bien a veces representan legítimamente intereses particulares, muchas veces terminan menoscabando el interés de la enorme mayoría de los ciudadanos y, sobre todo, de los que más necesitan de políticas públicas, pero que tienen menos peso organizacional para exigir las y controlarlas.

En fin, el éxito de la experiencia chilena hasta ahora tiene su núcleo duro en la sensatez del sistema político que ha ido ennobleciendo las razones que le permitieron rescatar lo mejor de su historia larga. Esa historia viene desde antes de la creación de la República, como bien lo señaló el inolvidable intelectual boliviano Zavaleta Mercado. “El momento constitutivo de Chile como Estado y también como Nación está dado por la guerra de Arauco, así como el Nilo es la causa final o momento constitutivo de Egipto, y la combinación entre la revolución de los precios, la peste negra y la descampesinización lo es de Inglaterra”.

Este punto de partida de la nación chilena, en que la necesidad de organización se liga a la supervivencia, se expresa posteriormente en un Estado oligárquico precozmente fuerte, estable e institucionalizado, pero no inclusivo.

Las turbulencias iniciales del paso al Estado mesocrático posterior, que aumentó sólo parcialmente la inclusión, no alcanzan a romper esa fortaleza y dieron paso a nuevas formas institucionales democráticas también fuertes y a una función pública relativamente sólida, capaz de mantener la tradición de seriedad y probidad institucional sólo interrumpida por la terrible crisis que abrió paso al interregno dictatorial.

La recuperación de la democracia se identifica con esa historia y genera nuevas virtudes de gobernabilidad notables que se han acrecentado con los avances obtenidos. Así que se ha roto el “peso de la noche” del conservadurismo y el país parece orientarse a un futuro sólido, sin dramatismos ni fundacionalismos entre quienes gobiernan y ojalá tampoco entre quienes constituyen la oposición. A una democracia “más aburrida” diría Manuel Castells. Sí, a una

democracia mas aburrida pero también a una sociedad más igualitaria y libertaria, donde no prevalezcan el alto colorido de la retórica populista o las pesadillas dictatoriales, y nos parezcamos un poquito más – sin perder nuestra vivacidad y, por cierto, nuestro clima – a los países nórdicos, donde los gobiernos pueden cambiar, mientras la alta calidad de vida tiende a mantenerse y la miseria quedarse atrás.